

nas autoridades que por fortuna rigen sus destinos.»

Además de que este párrafo no se distingue por su buena construcción gramatical ni por la sobriedad en los ripios, puede creerse que está escrito en estilo irónico en vista de los sucesos. En efecto, con excepción de los guardias nacionales que en cumplimiento de su deber se presentaron á sus jefes en San Agustín y San Francisco, la población permaneció indiferente á los sucesos y más bien se mostró hostil á los liberales, los historiadores de los cuales, afirman que la traslación de Juárez y sus ministros, del palacio á la casa del cónsul francés, se hizo *no sin peligro*, y este peligro no provino ciertamente de los soldados de Landa, que por razón de su próxima partida estaban acuartelados, sino de los habitantes de la ciudad, ó de la plebe, como despreciativamente dice el señor Vigil. Si los guadalajarenses hubieran tenido empeño en *castigar la rebelión vencida*, como dice el manifiesto, tiempo hubieran tenido de hacerlo durante toda la noche del día 15 y todo el 16 en que Landa permaneció aún en la ciudad sin tener ya en su poder á ninguno de los prisioneros: cuatrocientos hombres que tenía á sus órdenes el coronel conservador, nada eran ante una población de sesenta á setenta mil habitantes; pero no obstante, ese pequeño número salió de la ciudad sin ser molestado por nadie, y hasta entónces respiraron libremente los que temían que Landa impidiera que se fortificara la

población. Así, pues, si el párrafo transcrito del manifiesto no era una ironía, estaba cuando me- á mucha distancia de la verdad.

En lo tocante al peligro en que estuvieron los presos de ser fusilados, no dice como se vé, ni una sola palabra; si ese peligro hubiera sido tan inminente como lo pintan Prieto y los escritores que lo han seguido, algo hubiera dicho el manifiesto cuando dice que Juárez y sus ministros estuvieron presos dos días con dos centinelas de vista.

El manifiesto, que parece obra de D. Melchor Ocampo, terminaba haciendo un llamamiento á la Nación para que defendiese los principios liberales, y está firmado por los señores Juárez, Ocampo, Ruiz (Manuel), Guzmán (León) y Prieto.

## VII

La salida de Landa con sus fuerzas, verificada en la tarde del día 16, así como la llegada, ese mismo día, á Tepatlán de los restos del cuerpo de lanceros, mandado por el Coronel D. Emilio Rey, acabó de tranquilizar á los liberales de Guadalupe que temían que los conservadores no evacuasen la población, «impidiendo de ese modo fortificar la ciudad en que tan mal fundadas esperanzas se cifaban. Ignorábase todavía el estado de desaliento en que había caído la brigada del General Parrodi, *única que, diezmada, volvía de Salamanca*,» dice el señor Vigil. En efecto, á

pesar de que como ya hemos visto llama á la batalla de Salamanca, desagregación, lo cierto es que fué decisiva para acabar con la coalición, hacer desaparecer el ejército liberal y arrojar á Juárez del país. El historiador citado aunque se rehusa á confesar explícitamente estos resultados, al fin se vé obligado á conceder que no era posible que después de la derrota tan completa del Gobierno, éste se sostuviese en Guadalajara ni en ningún punto de Occidente.

Landa pernoctó en Santa Anita, en dirección de Cocula con el fin de vigilar el camino de Colima, único que Juárez podía seguir, y con el de esperar la aproximación del ejército conservador para reunirse con él. Al siguiente día, 17, entró á Guadalajara la brigada de Parrodi, «en la más completa desmoralización, aunque sometida á estricta disciplina,» dice el historiador tantas veces citado, que no sabemos cómo creyó poder conciliar ese contrasentido. Una cosa es que pudiera conservar sus municiones y artillería y evitar el total desbandamiento de la brigada y otra muy distinta es que consiguiese hacer reinar la más estricta disciplina en un ejército desmoralizado por la derrota y que á diario disminuía por las continuas deserciones.

Sin embargo, con la fuerza de Parrodi, Juárez se creyó por lo pronto, seguro, y el mismo día 17 expidió otra proclama á los guardias nacionales, y que únicamente tiene de notable poner de manifiesto la circunstancia de que Landa y sus sol-

dados no estaban tan débiles y tan fáciles de derrotar como quisieron después hacerlo aparecer los escritores liberales; termina felicitándose por el triunfo que había obtenido el gobierno, triunfo muy discutible: «Uno á vosotros, decía el final de esa proclama, lleno de tierna conmoción, mis sentimientos de júbilo porque *celebramos el triunfo de la razón sobre la fuerza*, la victoria de la independencia y de la dignidad humanas, sobre los intereses de la ambición y del fanatismo.» Por el tono ampuloso de ella, esta proclama parece ser obra de D. Guillermo Prieto más que de Ocampo.

El día 18 llegaron los Generales Parrodi y Degollado con las mermadas fuerzas que habían salvado en Salamanca. Al verlas desfilar, Juárez y sus ministros pudieron observar su falta de disciplina y lo poco que de ellas se podía esperar para la defensa de Guadalajara; además, las reticencias de un militar tan meticuloso como lo era Parrodi, les hicieron acabar de abandonar esta idea, por lo que en junta de Ministros y de Generales celebrada ese mismo día, se resolvió el abandono de la ciudad (1), no obstante el voto en contra

---

(1) Vigil dice que el día 19, fué cuando, viendo la situación desesperada, se resolvió la salida de Juárez; pero si se tiene en cuenta que el día anterior salió Rocha á explorar el camino de Colima y que la situación ya era desesperada desde antes, se comprenderá que desde la llegada de Parrodi se resolvió definitivamente la salida y que lo único que se hizo ese día 18 fué buscar sin éxito alguno, entre el comercio y los propietarios de Guadalajara,

del Gral. D. Juan N. Rocha que quería á toda costa defender á Guadalajara. Pero Juárez que había visto de cerca la opinión del país y que acababa de escapar fortuitamente de un gran peligro, comprendió que la población no resistiría el sitio, y que era mayor peligro para él encerrarse en una plaza que indudablemente caería en poder del enemigo. que lo haría prisionero.

Así, pues, se dieron las órdenes necesarias para la salida, y habiendo ya conseguido Prieto, dinero del clero, en la noche tomó Rocha el camino de Zacoalco, procurando no llamar la atención, con 200 hombres escogidos, del 5.º Batallón. El 20, á la madrugada dejaron Guadalajara, Juárez, sus ministros y acompañantes, escoltados por ochenta rifleros del Batallón México, y unos cuantos dragones del 1.º al mando del Coronel Don Francisco Iniestra. En el camino se incorporó á la comitiva, la fuerza que mandaba Rocha.

A doce leguas de Guadalajara, en la población de Santa Ana Acatlán, se detuvo la expedición á las dos y media de la tarde; á los pocos momentos de su llegada fué atacada por las tropas que mandaban Lanca y Quintanilla; aquél seguramen-

---

recursos para el viaje. Al fin se consiguieron algunos del clero, al que Prieto exigió el pago de los cuatro novenos atrasados de los diezmos, novenos que antes de la independencia pagaban las catedrales al rey; pero cuyo pago á la República era muy problemático desde el momento que ésta había suprimido la coacción para el pago de diezmos.

te a repentido de haber dejado escapar al gobierno, quería aprovechar la ocasión que se le presentaba de apoderarse nuevamente de él. Aunque era fácil á estos dos jefes reaccionarios entrar á la población, se ignora por qué no se apoderaron de ella; limitaron su ataque á hacer fuego desde unas alturas inmediatas, hasta las ocho de la noche en que cesaron todos los disparos. De esta suspensión se aprovecharon los liberales que á las once de la misma noche y á pesar del cansancio producido por la jornada de la mañana, salieron de Santa Ana y caminaron aún siete ú ocho leguas rumbo á Atemajac, en la dirección de Colima. El día veintitrés llegaron á Sayula y al día siguiente entraron á Zapotlán el Grande, con lo que, al menos por el momento, se consideraron en seguridad.

Entre tanto, Parrodi, que había quedado en Guadalajara investido de un poder casi absoluto, para salvar al gobierno trató de hacer creer á los conservadores que iba á defender hasta lo último la ciudad.

Con gran diligencia empezó á levantar trincheras y á fortificar varios puntos, lo que no impidió que al aproximarse Osollo entrase en tratos con él para la rendición: en el convenio que se firmó el día 23 en el pueblo de San Pedro, inmediato á Guadalajara, se estipuló que las tropas de Parrodi, así como los pertrechos de guerra quedasen á disposición de Osollo; los jefes liberales que no quisieran seguir las banderas del vence-

dor quedaban en libertad para establecerse donde quisieran y nadie en la ciudad y en sus inmediaciones podía ser perseguido por sus opiniones políticas

En virtud de ese convenio, igual ni más ni menos á los muchos que durante nuestras revoluciones se celebraron, Osollo entró á Guadalajara sin disparar un tiro y después de organizar el gobierno conservador, empezó á dictar sus disposiciones para continuar la campaña del Interior, sin preocuparse poco ni mucho de Don Benito Juárez y de sus acompañantes, que, en efecto, si<sup>n</sup> grandes contratiempos pudieron continuar su camino.

Al tener noticia en Zapotlán, de la capitulación de Parrodi, comprendió el gobierno liberal que su existencia era muy precaria, por lo que únicamente pensó ya en llegar á Colima donde permaneció en espera del vapor que debía tocar en Manzanillo. Allí, después de desaprobar la conducta de Parrodi, expidió un decreto, con fecha 7 de Abril, firmado por el Presidente y sus ministros: en él, después de expresar su opinión sobre la conveniencia de trasladar el gobierno liberal á Veracruz, declaraba todo el occidente de la República como (*sic*) en estado de sitio, y nombraba General en jefe del Ejército Federal á Don Santos Degollado, concediéndole amplias facultades en los ramos de Guerra, de Hacienda y en todos los demás. El ejército de que era jefe Degolla-

do, "aun estaba por formarse," como dice Zecero.

El 11 de Abril Juárez y sus acompañantes, se embarcaron en Manzanillo, en el vapor norteamericano "Jhon L. Stephens," de la línea del Pacífico. Con ese embarque el vice-presidente de la República rompió todos sus títulos de legalidad y abandonó la *arca constitucional* que desde México llevaba, para entrar á Veracruz con la caja de Pandora que había de ser durante tantos años, causa de luto y de lágrimas para el país.

## VIII

Aunque el relato de los sucesos de Guadalajara está terminado, como ellos fueron causa de la desastrosa muerte de Landa, vamos á referir brevemente el fin que tuvo este jefe.

Después del infructuoso ataque á Santa Ana Acatlán, prescindió de seguir al gobierno liberal en su retirada á Colima y se reunió á Osollo, quien lo destinó á tomar parte en la expedición que Miramón iba á emprender sobre Zacatecas y San Luis Potosí; la primera, aun sostenía la causa constitucionalista, y la segunda se veía amenazada por las tropas que desde Nuevo León enviaba el Gobernador de este Estado, D. Santiago Vidaurri, para batir á los conservadores victoriosos en el centro del país.

Zacatecas no sólo no opuso resistencia á Miramón sino que fué ocupada por éste sin disparar

un tiro, el 12 de Abril, pues su guarnición la evacuó violentamente, abandonando hasta el armamento y las municiones de guerra. Queriendo el joven General conservador socorrer á San Luis Potosí que estaba sériamente amenazada, dejó con unos cuantos hombres á Landa y á Don Antonio Manero y con el grueso de su ejército se dirigió á buscar á los constitucionalistas.

En *Puerto de Garretas*, punto distante siete leguas de San Luis, encontró el día 17 á las tropas fronterizas mandadas por Don Juan Zuazúa, Don Silvestre Aramberri, Zayas, Ayazagoytia y otros jefes: el choque entre los valientes *tagarnos* y los no menos bravos soldados de la Mesa Central, fué formidable: ambos ejércitos se disputaron largo tiempo la victoria, que al cabo de cinco horas se declaró por los conservadores, que á pesar de ella no tuvieron ánimo para perseguir á los liberales que se retiraron tranquilamente, quebrantados, es cierto, pero dispuestos á seguir la campaña.

Efectivamente, en lugar de retirarse á Nuevo León como se creyó por Miramón, resolvieron atacar á Zacatecas, á instancias del Gobernador constitucional de este Estado D. José María Castro, que sabedor del corto número de los defensores con que contaba la ciudad, convenció á Zuazúa de lo fácil que le era apoderarse de ella.

Miramón, que al fin tuvo noticia de que los fronterizos se dirigían probablemente sobre Zacatecas, envió orden á Manero para que evacuase esta población; pero los juaristas interceptaron esta

orden en la hacienda del Carro, y Manero, ignorante de esta circunstancia, decidió defender la ciudad que se le había confiado, con los setecientos hombres que estaban á sus órdenes. Los juaristas (1) eran cuatro mil, con once cañones.

Manero ocupó el cerro de *La Bufa*, famoso en nuestras guerras civiles, con doscientos hombres y seis cañones; ordenó á su segundo Nava, que defendiese la Ciudadela, y el resto de sus fuerzas las situó en la Parroquia y en el convento de Santo Domingo. A las once, poco antes, de la mañana del 27 de Abril, empezó el combate que aun duraba á las cinco de la tarde, hora en que empezó á disminuir el fuego de los conservadores por escasearles el parque: los liberales por algún rato dudaron en avanzar temiendo alguna celada, pero al fin, á las siete de la noche ocuparon el cerro y la Ciudadela, haciendo prisioneros á los defensores de esos puntos que habían clavado sus cañones. Con Manero cayeron en poder de Zuazúa, Don Antonio Landa, el de los sucesos de Guadalupe; el teniente coronel Don Francisco Aduna, el comandante Don Pedro Gallardo, y el capitán de artillería Don Agustín Drechi.

Zuazúa, inaugurando el sistema sangriento de represalias, que durante varios años cubrió de lu-

(1) A los sostenedores de la causa de Juárez se les llamaba indistintamente, federales, juaristas, libertadores, constitucionalistas y aun *puros* y *chinacos*; á sus contrarios se les designaba con los nombres de tacubayistas, reaccionarios, conservadores y *mochos*.

to á la Nación y arrancó á uno y otro partido sus más notables campeones, dispuso que los cinco jefes fuesen fusilados, sin que valiesen las súplicas del comercio y de los particulares (1) que vieron á Zuazúa para que hiciera gracia de la vida de los militares conservadores, ni la circunstancia bastante significativa de que á no ser por Landa no existirían ya á aquellas fechas, ni Juárez ni ninguna de las personas que formaban su gabinete, pues según hemos visto en los capítulos anteriores, aquel jefe resistió las instancias que se le hacían para que fusilara á sus prisioneros y llegó en el momento oportuno para salvarlos. (2)

Los escritores liberales no reprobaron aquellos fusilamientos y aun trataron y tratan de disculparlos; D Santos Degollado que había quedado de general en jefe del ejército liberal, dirigió á Zuazúa, con fecha 17 de Mayo de 1858, una co-

(1) Don Jesús González Ortega, que entonces aun no se había hecho notable, y varias otras personas de las que formaban la Administración (liberal) del Estado de Zacatecas, aseguraron solemnemente á los que se empeñaban por salvar la vida á los jefes y oficiales prisioneros, que éstos no serían fusilados; con esta promesa que es creíble, se les hiciera de buena fé, quedaron tranquilos. Este incidente lo refiere el Doctor Don Andrés López de Nava, Cura de Colotlán, que fué testigo de los sucesos de Zacatecas y uno de los que tomaron más empeño en salvar de la muerte á los jefes conservadores.

(2) El fusilamiento de Manero y sus compañeros se verificó á las doce del día 30 del mismo Abril, en las Peñitas, á espaldas de Santo Domingo. Cuenta la tradición que el Comandante Gallardo queó con vida después de las descargas, y visto esto por los encargados de sepultar los cuerpos, lo ocultaron y dedicándose á curarlo, consiguieron que sanara y sobreviviera bastantes años á los sucesos de Zacatecas.

municación, de la que tomamos los siguientes párrafos que demuestran lo que acabamos de decir

Después de felicitar á Zuazúa por el triunfo de Zacatecas. agregaba: "Es muy sensible ocurrir en una guerra de hermanos á sangrientas ejecuciones, pero supuesto que los eternos enemigos de toda garantía, con su obstinación y barbarie han cerrado las puertas de la clemencia, por más doloroso que sea para el supremo gobierno, ya que tenga por misión el restablecimiento de la ley, sabrá ejecutarla con vigor. Por lo mismo debo decir á V. S. que si los recursos de prudencia y benignidad no son suficientes para restaurar la moral y tranquilidad pública atropelladas con tanto cinismo por la reacción, el gobierno que represento, *no sólo aprueba las rigurosas medidas legales que se empleen para reprimirlo, sino que recomienda á los que le reconocen, que sin distinciones de clases y categorías apliquen las leyes establecidas*, COMO APRUEBA, POR ESTAR CONFORME CON ELLA, LA PENA IMPUESTA A LOS JEFES QUE FUERON EJECUTADOS EN ESA CIUDAD (Zacatecas). Quiera la Divina Providencia, cuyo santo nombre no invocamos hipócritamente los que de veras nos apellidamos amigos de la humanidad; quiera, repito, que tan triste como merecido castigo sirva de saludable ejemplo á los que medran con las desgracias del país, para que éste éntre por fin en el sendero de paz, libertad y progreso, y que al retirarnos á nuestros hogares llevemos el consue-

lo de haber conquistado un escalón de felicidad para aquél."

Para hacer contraste con este lenguaje, citaremos un caso que ocurrió en aquellos mismos días y que pone de manifiesto cuál era la conducta que quería seguir con los prisioneros de guerra el partido conservador, El teniente coronel Don Manuel Piélagos, de Guadalajara, salió á batir á los pronunciados que había por el Sur de Jalisco; dispersadas las partidas de éstos cayó prisionero un jefe de poca importancia, al que Piélagos mandó fusilar después de que aquél recibió los auxilios espirituales. Al mismo tiempo aprehendió en la Hacienda de la Providencia y fusiló á Don Ignacio Herrera y Cairo, persona muy conocida por sus opiniones liberales y por su afecto á la causa constitucionalista; la razón que tuvo Piélagos para ordenar esta segunda ejecución, fué que se le aseguró que en la mencionada Hacienda había reuniones de juaristas y que en ella guardaba Herrera y Cairo armas y pertrechos para combatir á los conservadores.

Cuando Piélagos dió cuenta de todos estos hechos al gobierno establecido en México, el Ministro de la Guerra, de éste, general Parra, (1) le contestó entre otras cosas lo siguiente:

«S. E. (El Presidente) no puede aprobar semejante conducta y lamenta profundamente que uno

[1] Por un error de pluma, indudablemente, se dice en la obra "México á través de los siglos," que el general Parra dió esta comunicación; este jefe ni era Ministro de Guerra ni conservador.

de los jefes del ejército restaurador de las garantías, se haya mostrado tan cruel é inhumano con los individuos de que se trata. El primero cuyo nombre no se menciona, ha debido considerarse como un prisionero de guerra, y perteneciente probablemente á la clase de enemigos del gobierno que son arrastrados ó por la ignorancia ó por la seducción, á unirse con las gavillas que amenazan la seguridad pública en varios lugares del departamento, ha debido por lo menos esperarse que un proceso seguido en forma, pudiese acreditar si merecía ó no la pena de muerte.»

Después de tratar del fusilamiento del Sr. Herrera y Cairo, continuaba de esta manera: «El Excmo. señor Presidente me ordena diga á U. S. que la conducta del teniente coronel Piélagos y las dos ejecuciones que ha ordenado, han causado una dolorosa sensación en el gobierno, que ni quiere ni puede permitir que el ejército nacional se manche con una sola gota de sangre que se derrame fuera del orden y de la justicia; y bajo este concepto, es preciso que V. S. mande inmediatamente separar del mando de la sección de tropas que tiene á sus órdenes al expresado jefe, previniendo se le instruya el proceso correspondiente y ordenando al fiscal dé cuenta á V. S. del estado que tuviere cada cuarenta y ocho horas, para que sufra el castigo que merece por aquellos actos sanguinarios y deshonorosos para la milicia y el buen nombre de la nación

«Nada puede empañar más el lustre de sus armas y la bandera que ha levantado, como imitar la conducta bárbara de sus enemigos. Los sucesos de Zacatecas y algunos otros bien lamentables, lejos de autorizar una política sangrienta, deben excitar á todos los que defienden los principios que se han proclamado á no buscar otro apoyo que el de una justicia que no teme al examen ni de los nacionales ni de los extranjeros; justicia que puede conciliarse muy bien con la energía y la humanidad, y que es la única que puede consolidar la paz, el respeto al gobierno, y la unión que éste desea establecer entre los mexicanos.»

Muy distinto, como se ve, era el lenguaje del Ministro Parra del de el jefe Degollado: éste, invocando á la Providencia, aprobaba los fusilamientos de Zacatecas, en tanto que aquél, sin hipocresías, mandaba procesar al responsable de la muerte de un desconocido: ¡Ojalá que siempre hubieran perseverado los conservadores en esas ideas! Pero con frecuencia las olvidaban, aunque en realidad eran compelidos á las represalias por los liberales y usaron de ellas en mucha menor escala que éstos; pero de todos modos, esos fusilamientos á sangre fría que inauguró Zuazúa son execrables.

## IX

Los sucesos de Guadalajara no tuvieron toda la resonancia debida y no se les dió gran impor-

tancia porque el país, acostumbrado á que el gobernante derrocado se fuese al extranjero á esperar la oportunidad de volver al poder ó se conformase con su derrota, creyó que á la caída de Comonfort sucedería lo mismo con éste y con Juárez; pero si hubiera podido preverse que la *familia enferma* había de querer sostener la legalidad á todo trance y, aun á pesar de su peregrinación por tierra extraña, los acontecimientos de la Capital de Jalisco habrían tenido un desenlace muy distinto del que tuvieron: Osollo, en lugar de perder el tiempo en entrar en arreglos con Doblado, habría caminado apresuradamente, tanto para acabar de dispersar la desmoralizada brigada de Parrodi, como para llegar antes que él á Guadalajara y evitar que Juárez y sus ministros fuesen puestos en libertad ó abandonaran la ciudad.

Y los resultados de esta medida habrían sido incalculables: privados los liberales del centro de unión que la existencia del gobierno de Juárez les daba, aunque en un principio hubieran resistido, al fin habrían reconocido el orden de cosas existente y se hubiera evitado al país no tan sólo la sangrienta y feroz *guerra de tres años*, sino aun muchos de los sucesos posteriores al triunfo de Calpulálpam

Juarez y sus ministros hubieran quedado curados para siempre de su manía de conservar la legalidad, los segundos con que se les hubiera



simplemente puesto en libertad á su llegada á México y el primero con que hubiera permanecido algunos meses confinado en cualquier lugar donde estuviera bajo la vigilancia del gobierno conservador; pues no es creíble que hubiera llevado su obstinación hasta pretender que aun después de su prisión, los liberales lo reconocieran como Presidente legítimo, porque los derechos que dá la suprema magistratura en un país republicano son muy diversos de los derechos de un monarca que puede conservar su carácter aun en la prisión ó en el destierro. Si perseveraba, no obstante, en su idea, la prolongación del confinamiento hubiera acabado por hacerlo desistir de ella.

Pero Landa se amilanó ó acaso temió no poder conservar á sus prisioneros y siguió el primer camino que se le presentó delante, dejando en libertad á los prisioneros que la guardia nacional no le había de quitar; y en Guadalajara y en Santa Ana Acatlán, dió claras muestras de su falta de aptitud militar y política, dejando que Juárez llegase á la costa en tanto que él corría á su perdición, yendo á Zacatecas donde su destino le llamaba.

Estas reflexiones que hemos hecho no significan que seamos partidarios de la revolución de Tacubaya que por lo mismo que fué enteramente militar, fué una de las más injustificables que ha habido; pero sí partimos del hecho de que la hu-

bo: si el gobierno entonces establecido hubiera tenido elementos suficientes para combatirla, era su deber hacerlo; pero no teniéndolos como no los tenía, supuesto que tuvo que andar errante y fugitivo, debió plegarse á las circunstancias y no empeñarse en sostener un orden de cosas que sólo produciría como produjo á la Nación, males sin cuento y una larguísima y sangrienta guerra, como no se había registrado en nuestros anales políticos.

Con esa conducta, además, Juárez dió motivo para que la historia diga de él que lo único que ambicionaba era conservar el poder y que si se propuso como ahora se dice, salvar la forma republicana y la Constitución, fué porque defendiendo ambas cosas salvaba su poder. Pero si se reflexiona con serenidad, se verá que ambas hubieran prevalecido aun sin necesidad de Juárez: la forma republicana había subsistido en México desde 1823 y á pesar de todas las revoluciones que habían agitado nuestro suelo y no habían de ser por cierto, los militares de Tacubaya, para quienes esa forma de gobierno era una como válvula para desahogar sus aspiraciones al poder supremo, los que proclamasen una monarquía que habría de matar todas esas ambiciones.

En cuanto á la Constitución, Juárez la trató como trataban los turbulentos conquistadores de Anahuac las órdenes del rey de España: "guárdese, pero que no se cumpla," decían cuando lle-

gaba alguna disposición que no convenía á sus intereses. Así Juárez: para él la Constitución fué un monumento, un libro sagrado al que tuvo siempre guardado con gran respeto y al que nunca se atrevió á tocar, ignorando por lo mismo lo que decían sus prescripciones, las que jamás obedeció y siempre gobernó con facultades extraordinarias ó como mejor le plugo.

Fué por lo tanto un dictador menos franco que los militares que conquistaban el poder con la punta de la espada; pero más peligroso y más funesto que ellos por el manto de legalidad en que se empejó procuró envolverse y por la larguísima guerra á que dió márgen con sus pretensiones y su obstinación.



## EL TRATADO WYKE ZAMACONA.

### I

Aunque Don Benito Juárez había conseguido establecerse en México después de la batalla de Calpulálpam, no era por cierto muy envidiable su situación en los primeros meses del año de 1861.

En efecto el partido conservador, que durante tres años había ocupado la Nación y la mayor parte del país, había sido derrotado, pero no aniquilado: entre tanto que el general Miramón, Presidente que había sido últimamente, y principal jefe de ese partido, cansado de luchar y sin recursos ya, buscaba la manera de acercarse á la costa y embalsarse al extranjero, como al fin lo consiguió, Don Félix Zuloaga, no obstante su desprestigio, nuevamente asumió el título de Presidente de la República y en unión del General Don Leonardo Márquez abandonó la Capital en Diciembre de 1860: Don Tomás Mejía guardaba una ac-